

Al margen de la revolución boliviana

LO que originariamente fué designado en Bolivia con el nombre de partido «republicano» tomó las riendas del Gobierno mediante un golpe de Estado hábilmente maniobrado, el día 12 de Julio de 1920. Dicho partido ha dado hasta hoy a la Nación dos gobernantes: Bautista Saavedra y Hernando Siles. La filiación política del nuevo mandatario es algo que resta por ver, pues la revolución del 25 de Junio de este año fué llevada a término por personas que no se hallan bajo banderas de partidos: el pueblo y los estudiantes. Algunos militares y ciertos elementos civiles que han entrado a ocupar transitoriamente los más altos cargos en el Gobierno pertenecen, con raras excepciones, al antiguo partido Liberal derrocado en 1920.

El señor Saavedra, el primero de los presidentes del partido republicano es, sin duda, una interesante personalidad. Reune, cosa poco frecuente, los dones del intelectual y del político. Es un hombre de vasta preparación. Doctorado en leyes, se ha especializado en los problemas sociales. Es además autor de de numerosos libros, fuera de su inmensa labor periodística. En don Hernando Siles tenemos una figura algo más opaca. No dudo de su preparación, pero le faltan la energía y el carácter necesarios en todo político, y precisamente por esto el señor Siles tuvo un fin tan desgraciado en el ejercicio de sus funciones. Aunque bien intencionado, sucumbió pronto a los malos consejos de sus amigos políticos.

El señor Siles al asumir el mando se hallaba alentado por los más sinceros móviles patrióticos; buscaba tan solo hacer el bien al país y devolverle la tranquilidad un tanto perturbada por el reciente cambio de Gobierno. Fué así cómo concedió la amnistía a todos los reos políticos, llamó a ocupar puestos de responsabilidad a personajes de las más diversas filiaciones partidistas y ofreció importantes cargos diplomáticos a hombres tan opuestos en sus ideas y actividades, como el propio señor Saavedra y el ex-presidente don Ismael Montes. Todo indicaba que el gobierno del señor Siles sería uno de los mejores. Sus medidas gubernativas no podían ser más atinadas, más precisas, más buenas, pero el error estuvo en que no supo tener cerca de sí consejeros hábiles y verdaderos amigos. Pronto

se rodeó de una camarilla de politiqueros ambiciosos que perseguían el lucro y la figuración, sin que los intereses del país tuvieran para ellos la menor importancia. Siles, hombre de poco carácter, fué cediendo hasta que al fin se convirtió en un simple instrumento puesto en las manos de estos señores. La delicada situación con el Paraguay vino a empeorar las cosas. Aprovechando el supuesto peligro de guerra se llamó a Bolivia al militar germano Hans Kundt, pues se deseaba asegurar el dominio del ejército, de cuya fidelidad comenzaran a dudar. Los manejos políticos son cada vez más inconstitucionales e indecorosos; se abusa del pueblo, suben las contribuciones, se conceden monopolios sin más ni más, en virtud de los cuales el Gobierno percibe gruesas sumas de dinero de las que luego no se da razón alguna (por ejemplo, el tan bullado monopolio de los fósforos); luego el estaño baja en el mercado de Londres, y Bolivia, casi se puede decir, vive de las entradas que le producen la exportación de este metal. Lo que sigue es una vasta crisis económica: se hace imperioso reducir los salarios de los empleados fiscales en un 30 %, algunas casas comerciales se ven en la imprescindible necesidad de cerrar sus puertas, ciertas minas dejan de trabajar; luego aparece el problema de la desocupación, el descontento es general y este descontento lleva a la rebelión cuando el pueblo se da cuenta de que, en medio de una situación financiera tan angustiosa, cuyas funestas consecuencias todos han de sufrir—y muy en especial las clases asalariadas—, continúan los gobernantes malversando los fondos fiscales y dando aliento a intrigas políticas de fines egoístas y mezquinos.

Nuevamente fué el Paraguay un motivo del que hicieron buen uso los amigos del señor Siles, en una palabra lo que se ha designado con el nombre de «silistas», pues fundándose en que la situación internacional es muy grave, proponen que se postergue la fecha de elecciones para presidente, mas, como esta fecha no es postergable indefinidamente, el señor Siles, alentado por sus consejeros, decide acabar una vez por todas y conseguir la reelección. Como según las leyes bolivianas un presidente no puede ser reelegido, sin mediar entre ambos períodos otro mandatario, el señor Siles pensó modificar la Constitución en el sentido de que un presidente pudiera ocupar su cargo durante dos períodos consecutivos. Para llevar a cabo una reforma de tanto aliento procedió, después de hacerse de un Gabinete especialmente amigo, compuesto entre otros por don Alberto Diez de Medina, don Ezequiel Romecín y don Fidel Vega, a renunciar su cargo como Presidente de la República, y, contrariando lo estipulado por la Constitución dejó el

mando supremo en manos del Consejo de Ministros que debía llamar a elecciones para diputados y senadores, después de elaborar una lista de candidatos afectos al Gobierno, para que así la proyectada modificación constitucional no sufriera contratiempos de ninguna especie al pasar por ambas Cámaras.

* * *

Mas no se contaba con que el pueblo boliviano llegara a notar que los gobernantes estaban jugando con la Constitución para servir sus propios intereses. La indignación y el descontento ganan terreno día a día. Fueron los estudiantes quienes primero declaran la rebelión. Aprovechan de las multitudes que celebran en La Paz el centenario de la muerte del Mariscal José Antonio de Sucre y repartén volantes incitando al pueblo a la revuelta.

Lo que sigue todos lo conocemos; uno de los movimientos revolucionarios más dignos, más llenos de gloria, más heroicos que registran los últimos tiempos. Un ejemplo para la América, un escarmiento para los malos gobernantes. «¡La Paz, tumba de tiranos!», esa frase orgullo de una ciudad y de un pueblo, fué inscrita en los muros de la casa que ocupaba el ex-presidente.

El domingo 22 de Junio de 1930, que se ha denominado «Domingo rojo», un grupo de muchachos enarboló la bandera nacional y expuso dos letreros que llevaban estas leyendas: «¡Viva la Constitución!» y «¡El pueblo pide legalidad!» Fué este el comienzo de la lucha. Esas filas se ven de pronto notablemente engrosadas, hay proclamas y discursos, hablan los estudiantes Pacífico Luna Quijarro y Francisco Lazcano, los que condenan duramente al Gobierno. Enardecido, el pueblo decide recorrer las principales vías de la ciudad de La Paz en son de protesta, pero al llegar a la esquina que forman las calles Mercado y Loayza, ocurre un hecho inaudito: es alevosamente victimado por la policía el estudiante Eduardo Román Paz, uno de los dirigentes de la juventud intelectual de Bolivia, muchacho de talento, culto, estudioso, que era ya un escritor de nota y formaba parte de la revista de avanzada *Utama*, donde publicó numerosos artículos y poesías. Era Román Paz una esperanza para la nación boliviana, pero quiso el destino que inmolará su vida por defender los ideales que habían alentado sus fogosidades de mozo joven e intelectual. Al notar sus compañeros que había sido asesinado, se apoderan del cadáver y en seguida lo pasean a lo largo de las calles en medio de la multitud, cada vez más numerosa y excitada, la que pide a gritos justicia. El

Gobierno estaba perdido y al notar eso, de entonces en adelante empleó todos los medios para sofocar la rebelión. Una muchedumbre compacta se encamina hacia la plaza Murillo donde fueron colocadas varias ametralladoras. Al llegar allí el pueblo y los estudiantes, todos desarmados y desprevenidos, la policía hizo funcionar sus armas; el terror y el desorden son indescribibles, se escucha tan sólo el crepitar de las ametralladoras en medio del griterío de las muchedumbres que huyen y los lamentos de los heridos. Pocos momentos después la plaza Murillo se convierte en un campo de desolación; llegan a contarse más de treinta cadáveres. Eso no fué todo; muchos huían por las calles adyacentes y alguien montó una ametralladora en un automóvil y comenzó a barrer los grupos de fugitivos, asesinando a hombres, mujeres y niños. Tales fueron las horas de terror que presenció la ciudad de La Paz aquel domingo rojo.

* * *

Al día siguiente la capital era una ciudad muerta. Pocos salen de sus casas, se hacen los comentarios más contradictorios y diversos. El Gobierno, temeroso de la prensa, quiso apoderarse a viva fuerza del rotativo *El Diario*, lo cual habría llevado a cabo de no mediar luego la acción revolucionaria de los estudiantes y del pueblo a la que se plegó el grueso del ejército. Reina, empero, una alarmante inquietud; la indignación por lo ocurrido el domingo trágico es enorme. La atmósfera está preñada de acontecimientos. El día 25 llegan noticias a La Paz en el sentido de que el movimiento revolucionario ha estallado en Oruro; sin embargo las líneas del telégrafo y del cable se hallan interrumpidas, sólo se sabe que se escucha un intenso tiroteo en la plaza principal de esa ciudad.

Hacia las cuatro de la tarde de aquel mismo día empieza a cundir el pánico en La Paz, el comercio cierra sus puertas, las oficinas públicas se vacían como por encanto. El Consejo de Ministros está en sesión permanente en el Palacio, tratando de salvar al Gobierno cuya muerte es inminente.

A las ocho de la noche una veintena de cadetes son expulsados del Colegio Militar por hallarse comprometidos en el movimiento revolucionario, pero luego, escalando los altos muros del edificio, logran penetrar en el dormitorio de sus compañeros y los incitan a la revuelta. Cinco minutos después, todos armados, con las bayonetas caladas, resuelven salir proclamando la revolución. Sólo doce de ellos, los más niños, permanecen en el edificio, donde lucharon toda la noche contra fuerzas vein-

te veces mayores, hasta que al fin, terminadas las municiones, se rinden; un cadete de doce años, el menor de todos, es herido en un brazo y rechaza toda atención médica mientras combate. Cuando se le comunicó al General Kundt que el Colegio Militar había sido tomado después de tan cruento combate, exclama: «Tráiganme a esos cadetes, no prisioneros, sino cadáveres.» A las nueve y media se oye un nutrido tiroteo en las calles: es el grueso de los cadetes que combaten en el sector comprendido entre el Colegio Militar y el Arsenal de Guerra, contra las fuerzas del Gobierno. Es una lucha heroica en que estos jóvenes estudiantes dieron prueba de una pericia y de un valor realmente inconcebibles. De *El Diario* de La Paz copio el siguiente párrafo:

Un testigo presencial nos refiere que sintió las más intensas e inolvidables emociones de su vida ante el valor y la serenidad de ese puñado de muchachos dignos descendientes de los Colorados, que durante diez horas sostuvieron un desigual combate.

Magníficos en su audacia temeraria, acosados por todos lados, de pie en el centro de la Avenida, disparaban sus armas defendiendo la Constitución. No tenían jefe, pero cada uno de los cadetes era un General lleno de iniciativa, de habilidad y de talento.

Luego se retiraron al Alto, después de cruzar las calles céntricas de la capital, donde son fogueados por las armas gubernamentales. Se colocan ametralladoras en todas las cúpulas de los edificios y en los balcones, y de allí hacen un nutrido fuego. El Gobierno se defiende a vida o muerte. El General Kundt elabora un vasto plan de ataque, dispone por teléfono dónde han de acampar los regimientos, y así unos en la calle del Recreo, otros en la Plaza Murillo y el resto marcha hacia el barrio de la Locería, donde se ha hecho fuerte una parte del Colegio Militar combatiendo desde barricadas construidas por el pueblo indefenso. La colaboración del pueblo fué desinteresada, eficaz y patriótica. Algunas mujeres se vistieron de hombre para salir y ayudar a los cadetes; las demás contribuían con alimentos y medicinas.

En el Alto, la otra fracción del Colegio Militar logró ocupar las posiciones más ventajosas después de un hábil movimiento estratégico; a él se plegó en seguida la Escuela de Aviación, el regimiento Bolívar y un regimiento de obuses, mientras que en la ciudad contaba con el regimiento Pérez. Sólo la Escuela de Clases, el Ingavi y la Policía defienden al Gobierno. Entretanto el General Blanco Galindo, jefe del movimiento revolucionario en Oruro, marcha sobre La Paz y envía un ultimátum dándole

un plazo de cuarenta y ocho horas para rendirse; de lo contrario será bombardeada. Los trenes ilegan uno tras otro repletos de soldados a las inmediaciones del Alto de la ciudad de La Paz. Al darse cuenta de su impotencia el Gobierno abandona las riendas del Estado, los últimos regimientos leales se plegan a la revolución, la Policía es asaltada por el pueblo victorioso, todos los presos políticos son puestos en libertad y paseados en triunfo. Más tarde el General Blanco Galindo ocupa con sus fuerzas la ciudad de La Paz y se instala en el Palacio una Junta de Gobierno, compuesta por elementos militares y civiles de reconocida hombría e inteligencia. El pueblo los saluda. Los cadetes y estudiantes universitarios vuelven de combatir y son aclamados por las muchedumbres delirantes. Son los héroes, mas ¡cuántos de ellos han muerto! Sus cadáveres aun yacen en las calles y en las plazas, en todas partes se notan manchas de sangre, signos mudos de una lucha heroica. La Democracia se ha impuesto en Bolivia sobre los cuerpos inertes de una raza valiente. Cuántos jóvenes a los cuales esperaba un futuro glorioso inmolaron sus vidas en las cailes de la ciudad de La Paz. En los últimos días del mes de Junio de 1930 se ha escrito una de las páginas más gloriosas de la historia sudamericana. En esta revolución, como decía un rotativo limeño, «el pueblo se portó como ejército y el ejército como pueblo». La revolución costó doscientos muertos, quinientos heridos y mil quinientos bolivianos, es decir, algo así como cuatro mil quinientos pesos; fué una revolución hecha sin jefes, sin armas y sin dinero, una revolución que, guardadas las proporciones, los diplomáticos residentes en La Paz han comparado con la Revolución Francesa.

* * *

Entre tanto los dirigentes del antiguo régimen se han refugiado en las Legaciones, así el señor Siles en la del Brasil; don Alberto Diez de Medina en la del Perú; el General Kundt en la de Alemania; el teniente coronel Toro y don Fidel Vega en la de Chile. Ciertos innegables actos de violencia siguieron al triunfo de la Revolución ¿pero dónde no acontece lo mismo? El pueblo expresa así su ira contra el régimen caído.

La Junta de Gobierno, compuesta por el General Carlos Blanco Galindo, por los coroneles Oscar Mariaca Pando, Filiberto Osorio, José L. Lanza y por los tenientes coroneles Emilio González Quint y Bernardino Bilbao, llamó a ocupar cargos administrativos a un grupo de civiles como el señor Sánchez

Bustamante, don David Alvéstegui y don Carlos Tejada Sorzano. Luego procedió a elaborar un *Estatuto* que es una verdadera obra maestra de desinterés y buen tino. Consta de 23 artículos, en los cuales, entre otras cosas, se establece que la Junta de Gobierno es de carácter transitorio, que ninguno de sus miembros puede ser candidato para la presidencia de la República; que todos los tratados y convenciones suscritos por Bolivia serán respetados, como asimismo los contratos y concesiones suscritos a favor de compañías extranjeras o nacionales, que existe y se reconoce la más absoluta libertad de prensa, etc., etc. Mientras tanto regresan al país los numerosos deportados del régimen anterior, se reorganizan los partidos políticos y vuelve la nación a la normalidad constitucional. Que esta tranquilidad no puede ser absoluta es evidente, pues difícilmente las naciones recobran la paz y la tranquilidad después de movimientos revolucionarios tan poderosos como el habido últimamente en Bolivia. Así no debe dársele mayor importancia a algunas conmociones políticas que puedan sobrevenir en el futuro inmediato. Yo estoy seguro de que los anhelos y las esperanzas de aquellos jóvenes que vertieron su sangre en las calles de La Paz y de otras ciudades de la República no serán defraudados.—RENÉ BALLIVIÁN CALDERÓN.

«Nuevos retratos», por José María Salaverría

PARA este vasco de alma insobornable sólo la muerte parece ser objeto de piedad y de ternura. Es muy difícil que hable bien de alguno de sus contemporáneos. En su anterior volumen de *Retratos* eran dos muertos los que parecían conmover sus entrañas espirituales: Darío de Regoyos, el pintor «humilde y errante» (el dictado le viene más que a Baroja, inventor de la fórmula), Francisco de Asís de la pintura que «se entregaba al divino oficio de cantar al campo con rimas de color» y Emilio Becher o «el genial fracasado» a quien Salaverría no niega, después de reconocerle todos los dones de la inteligencia y la delicadeza espiritual, ni siquiera la belleza física: «rubio, blanco, mirada azul, claridad de mancebo escandinavo».

¡Cómo sabe este hombre ser duro e implacable en sus pasiones! Cuándo ama no olvida detalle que pueda enaltecer la persona amada. Pero cuando su inclinación sentimental se desvía